

NICK HORNBY

---

*Alguien como tú*



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Nick Hornby

# Alguien como tú

Traducción de Mauricio Bach



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
Just Like You  
Viking  
Londres, 2020

*Ilustración:* © Maria Diamantes

*Primera edición:* octubre 2021

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Mauricio Bach, 2021

© Nick Hornby, 2020

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2021

Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8100-4

Depósito Legal: B. 12377-2021

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

¿Cómo podría una decidir de forma objetiva qué es lo que más detestaba en el mundo? Sin duda dependía de lo cerca que tuvieras lo odiado en determinado momento, de si lo estabas haciendo o escuchando o comiéndotelo en ese preciso momento. Ella detestaba tener que enseñar Agatha Christie al último curso, detestaba a cualquier ministro de Educación conservador, detestaba oír a su hijo menor ensayando con la trompeta, detestaba cualquier receta con hígado, la visión de la sangre, los reality shows televisivos, la música grime y los conceptos abstractos de uso habitual: pobreza global, guerra, epidemias, inminente colapso del planeta y demás. Pero nada de eso le afectaba directamente a ella, con la excepción del colapso del planeta, e incluso eso de momento era tan solo inminente. De modo que se podía permitir no pensar en ninguno de estos dramas la mayor parte del tiempo. En este preciso momento, a las 11.15 de una fría mañana de sábado, lo que más detestaba en el mundo era hacer cola en el exterior de la carnicería teniendo que escuchar a Emma Baker, que no paraba de hablar de sexo.

Llevaba un buen rato tratando de alejarse de Emma, pero lo hacía con unos movimientos tan imperceptibles que sospe-

chaba, desolada, que a este ritmo le llevaría cuatro o cinco años conseguirlo. Se habían conocido cuando sus respectivos hijos eran pequeños e iban a la misma guardería; hubo invitaciones a cenas, que fueron correspondidas y dieron lugar a nuevas invitaciones. En aquel entonces, los hijos de ambas eran muy parecidos. Todavía no habían desarrollado en serio una personalidad y los padres aún no habían decidido en qué tipo de personas se iban a convertir. Emma y su marido habían elegido una escuela privada para los suyos y, en consecuencia, a los hijos de Lucy les parecían insufribles. La interacción social entre ellos se acabó interrumpiendo, pero era inevitable cruzarse porque seguían viviendo cerca y haciendo las compras en los mismos sitios.

Había un momento concreto de lo de hacer cola que detestaba: cuando estabas ya ante la puerta, que se mantenía cerrada en invierno, y debías decidir si en el interior había sitio suficiente. Si entrabas antes de tiempo, quedabas aplastada contra alguien y corrías el riesgo de provocar muecas de desprecio entre los que sospechaban que te intentabas colar; pero si tardabas demasiado, alguien de detrás podía soltarte un bocinazo, metafóricamente hablando, por tu indecisión. Se produciría una amable invitación, un «¿Quiere...?» o un «Creo que ya puede entrar». Era como detenerse en un cruce en el que era mejor pasar con decisión. Sin embargo, no le importaba que le dieran bocinazos mientras conducía. Estaba separada del resto de los conductores por una capa de cristal y metal, y además desaparecían en un instante y no los volvías a ver jamás. En cambio, esta gente de la cola eran sus vecinos. Se veía obligada a convivir con sus empujones y muestras de rechazo cada sábado. Obviamente, podría haber optado por ir a un súper, pero entonces estaría contribuyendo a dejar morir al comercio de proximidad.

Y en cualquier caso, esta carnicería era demasiado buena,

de modo que estaba dispuesta a pagar el coste extra. Sus hijos no comían ni pescado ni verdura, y había decidido a regañadientes que probablemente debía tomar cartas en el asunto para que no ingirieran antibióticos, hormonas y otros aditivos que contiene la carne más barata y que podía acabar convirtiéndolos en el futuro en levantadoras de pesas de la Europa del Este. (Si, a pesar de todo, un buen día decidían convertirse en levantadoras de pesas de la Europa del Este, ella aceptaría estoicamente su decisión y los apoyaría. Pero no quería imponerles ese destino.) Paul ayudaba a financiar el entusiasmo cárnico de los niños. No racaneaba con el dinero. Se sentía culpable por todo. Se quedaba la cantidad suficiente para ir tirando, pero le pasaba todo el resto.

De todos modos, todavía debían faltar unos diez minutos para llegar al peliagudo momento de decidirse a entrar o no entrar. El precio y la calidad de la carne resultaban atractivos para los vecinos de este barrio londinense, por lo que se formaban largas colas y los clientes se tomaban su tiempo una vez que conseguían entrar. Emma Baker estaba dando rienda suelta a su obsesión con el sexo aquí y ahora, y a ella esto la irritaba sobremanera.

—¿Sabes qué? Te envidio —le dijo Emma.

Lucy no le respondió. El laconismo era su única arma. Visto desde fuera era probable que pareciese inútil, porque Emma no iba a dejar de soltarle el rollo, pero cualquier tentativa de responderle daría como resultado un chorro imparables.

—Vas a acostarte con alguien con el que nunca te has acostado.

A Lucy esto no le parecía especialmente envidiable, en el sentido de que, si llegaba a suceder, no era algo que pudiera considerar un logro. Era, después de todo, un futuro abierto a la mayoría de las personas sin discapacidades de este mundo, que podían o no aprovechar la oportunidad si se les presen-

taba. Pero la actual soltería de Lucy provocaba que Emma sacase una y otra vez este tema. Para Emma, que llevaba un montón de años casada con un hombre cuya ineptitud en la cama y en todos los demás aspectos de la vida ella no hacía esfuerzo alguno por ocultar o matizar, el divorcio significaba sexo, lo cual a Lucy le parecía paradójico y/o absurdo, dado que según su experiencia hasta el momento significaba nada de sexo. En otras palabras, la soltería de Lucy le proporcionaba a Emma una pantalla en la que proyectar sus inagotables fantasías.

—¿Qué es lo que buscas en un hombre?

En la realidad o en la mente de Lucy, la cola avanzaba más lenta que nunca.

—Nada, no busco nada.

—¿Y entonces cuál es el propósito de lo de esta noche?

—No tiene ningún propósito.

Sus respuestas explicaban una minúscula parte de una historia muy larga. De hecho, las palabras «nada», «no» y «propósito» podrían haber sido pescadas al azar de una historia muy larga por algún tipo de artista textual para darles un sentido irónico en contraste con las verdaderas intenciones del narrador.

—Higiene —soltó de pronto Lucy.

—¿Qué?

—Eso es lo que busco.

—Venga ya, chica. Puedes aspirar a algo más.

—La higiene es importante.

—¿No buscas a un tío guapo? ¿O divertido? ¿O que sea bueno en la cama? ¿Alguien que no tenga nunca un gatillazo? ¿Alguien al que le encante hacer sexo oral?

Detrás de ellas, alguien soltó una risita. Dado que en estos momentos el resto de la cola permanecía en silencio, era bastante probable que la causante de las risitas hubiera sido Emma.

—No.

De nuevo, una respuesta seca que no decía la verdad, ni total ni parcialmente.

—Vaya, pues eso es lo que buscaría yo.

—Estoy descubriendo más cosas de las que querría sobre David.

—Al menos es limpio. La mayor parte del tiempo huele como James Bond.

—Bueno, ahí lo tienes. No posee ninguna de las virtudes que dices buscar en un hombre, y sin embargo sigues con él.

Ahora que lo pensaba —y la verdad es que no había pensado en ello hasta principios de esa semana—, la higiene era más importante que cualquier otra cualidad en la que pudiera pensar. Imaginemos que Emma pudiera conseguir una potencial pareja que poseyese cada uno de los rasgos de carácter y atributos que ella deseaba, o al menos aquellos que a Lucy podían ocurrírsele entonces, allí mismo, en la cola de la carnicería, cuando no sabía ni qué decir. Imaginemos que a este hombre improbable le encantasen las flores frescas y las películas de Asghar Farhadi, que prefiriese la ciudad al campo, que leyese novelas —buenas novelas, no novelas sobre terroristas y submarinos—, que, sí, de acuerdo, le encantase tanto dar como recibir sexo oral, que fuese cariñoso con los hijos de ella, que fuera alto, moreno, apuesto, solvente, inteligente, liberal, estimulante.

Pues bien, pongamos que este tío aparece para llevársela a cenar a algún sitio tranquilo, elegante y de moda, y ella nota de inmediato que el tipo apesta. Vaya, pues ahí se acabaría la historia, ¿no? Ya nada podría arreglar la situación. Una mala higiene lo fastidiaba todo. Igual que la falta de tacto, tener antecedentes por violencia doméstica, o incluso que haya simples rumores al respecto, o defender puntos de vista inaceptables sobre temas raciales. Oh, y también estar enganchado al alcohol o a las drogas, aunque eso último ya no había ni que



plantearlo, visto todo lo que había sufrido Lucy. La ausencia de aspectos negativos era mucho más relevante que la presencia de cualquier aspecto positivo.

Lucy se percató con desasosiego de que se estaban aproximando a la puerta. Podía ver que allí dentro reinaba el caos. Había una doble cola que ahora llegaba hasta el fondo de la tienda, de modo que no se trataba tan solo de encontrar espacio suficiente para entrar. Justo en la puerta estaban los de la mitad de la cola, que giraba en forma de U, de manera que para ponerse al final había que abrirse paso entre la multitud –y es que aquello ya se parecía más a una multitud que a una cola–, con el consiguiente agobio tanto para el que empujaba como para el que sufría los empujones.

–Creo que vamos a poder entrar las dos –dijo Emma.

–Apenas hay sitio para una –advirtió Lucy.

–Vamos.

–No, por favor.

–Me parece que ya pueden entrar –les apremió la mujer que tenían detrás.

–Justo le estaba diciendo a mi amiga que no –replicó Lucy cortante.

Salió una pareja cargada con bolsas blancas de plástico que hacían ruido al moverse y que contenían trozos de carne sanguinolenta que, si consumían durante los próximos siete días, les provocarían enfermedades cardíacas y cáncer de estómago, con lo que la semana siguiente la cola sería más corta.

Emma abrió la puerta y entró.

–Has dejado que pase antes que tú –dijo la mujer que tenían detrás.

Lucy no se había percatado.

–Y ahora ella está dentro y tú no.

Sin duda, en todo esto debía haber agazapada alguna metáfora.

Ciento doce libras era mucho dinero para gastarse en carne. Joseph se preguntó si la pareja trataría de rebajar la cuenta, renunciando por ejemplo a los filetes o al redondo de ternera, pero no lo hicieron. Y ni siquiera parpadearon cuando les dijo lo que debían. La primera vez que le cobró a un cliente una cantidad de tres cifras, puso cara de pedir disculpas; fue más bien una mueca, como si estuviera a punto de infligirle auténtico dolor físico a la clienta. Pero, por lo que pudo ver, la suma no provocó dolor alguno, y acabó preguntándose si no habría cometido una torpeza. La siguiente ocasión en que sucedió, se mostró impávido, pero el cliente se sintió obligado a darle explicaciones: venían a comer unos parientes, era un gasto que no se podía permitir todas las semanas, etcétera. La gente que vivía en ese barrio no era superpija, en el sentido de que llevaban tejanos y no hablaban como el príncipe Carlos, pero era evidente que tenían pasta y a veces eso parecía causarles cierta incomodidad. En realidad, a Joseph le importaba una mierda. Él ansiaba tener lo que ellos poseían, y algún día lo conseguiría. El hecho de que ganase ciento diez libras al día trabajando en la carnicería no significaba que odiase a la gente que se gastaba ciento doce libras en carne.

Estaba más preocupado por la rubia bocazas que había entrado empujando cuando salió la pareja de la compra de tres dígitos. Esa mujer traía problemas, de un tipo muy concreto: cada sábado trataba de flirtear con él. Hacía bromitas sobre salchichas y lomos de cerdo, y Joseph no tenía ni idea de qué se suponía que debía decir o hacer ante eso, de modo que se limitaba a esbozar un amago de sonrisa. Al principio, cuando la mujer empezó a comportarse de este modo, él trataba de escurrir el bulto y que no le tocara a él atenderla, pero no tardó en darse cuenta de que eso era peor, porque ella no hacía ni caso a Cass o Craig o quien fuera que la despachase y seguía dirigiéndose a él con sus bromitas sobre salchichas. Y entonces

la incomodidad llegaba a extremos insufribles, porque se veían involucrados Joseph, la clienta a la que estuviese atendiendo en ese momento, la bocazas y quien fuese que estuviera atendiéndola a ella. Si jugaba bien sus cartas, podría esquivar el problema.

Imposible sacarse de la manga algún truco rebuscado. La rubia era su siguiente clienta.

–Buenos días, Joe.

No se llamaba Joe. Se llamaba Joseph. Era lo que ponía en la etiqueta que llevaba en el pecho. Pero últimamente ella había decidido que tenía que mostrarse más cercana.

–¿Qué anda buscando?

–Oh, buena pregunta.

Al menos tuvo la decencia de hacer el comentario en voz baja, de modo que solo las tres o cuatro personas que tenía a su alrededor se enteraron. Todos lo miraron, para comprobar si le iba a seguir el juego. Él le dedicó su gélida sonrisa a la bocazas.

–Ya lo sé, me he pasado de la raya –dijo ella–. O puedo pasarme a la que me dan una oportunidad. ¿Puedes ponerme media docena de salchichas de cerdo y puerros, por favor? Que no sean chipolatas.

Incluso esto se suponía que era una bromita.

–Marchando.

Le puso las salchichas y después unos solomillos y cuatro pechugas de pollo. Ella estaba a punto de hacer algún comentario sobre las pechugas de pollo o sobre las pechugas en general, no había la más mínima duda, así que optó por no darle la oportunidad.

–Cass, ¿puedes ir a la trastienda y decirles que necesitamos más solomillos?

–Lucy.

La rubia bocazas le hacía gestos a su amiga, indicándole

que se acercara al mostrador, y la amiga, más menuda, más guapa, de cabello oscuro, le respondía con la mano que no y ponía cara de sentirse incómoda. Era como si todas las personas que estaban haciendo cola fueran extras en una película sobre dos mujeres que son grandes amigas pese a ser polos opuestos.

—Te espero fuera —le dijo Lucy.

La rubia bocazas movió la cabeza con un gesto de decepción, como si la negativa de su amiga a abrirse paso a empujones entre la multitud para que la atendieran cuando todavía no le tocaba fuese un buen ejemplo de todo lo que no funcionaba en su vida.

—Hay gente que no tiene remedio —le dijo la rubia bocazas a Joseph mientras tecleaba el número secreto de la tarjeta, y lo miró con desdén. Él trató de no sentir un escalofrío.

—Me lo comería —comentó Emma cuando las dos ya habían salido de la carnicería.

—¿A quién?

—A Joe. El chico que me ha atendido.

—No parecía muy interesado en que lo hicieras.

—Porque no sabe cómo lo cocinaría.

Lucy no tenía muy claro que la metáfora funcionase. Saber cómo te iban a cocinar no parecía la mejor manera de generar más deseos de ser devorado.

—¿No crees que se parece a alguien? ¿A algún actor de cine sexy o a un cantante?

—Tal vez.

—Estoy segura.

Lucy se conocía al dedillo el limitado marco referencial de Emma. Sin duda le recordaba a Idris Elba de joven, o tal vez a Will Smith de joven.

—A Denzel Washington de joven —dijo Emma—. ¿No lo ves?

—No —respondió Lucy—. Pero sí admito que de los tres rostros negros que tienes almacenados en tu banco de memoria, es probable que al que más se parezca sea a Denzel Washington.

—No conozco solo a tres, conozco a muchos más. Pero he elegido a la persona a la que más se parece.

Emma trabajaba de forma esporádica como diseñadora de interiores freelance y a Lucy le sorprendería mucho que hubiera tenido un solo cliente negro en su vida. Del resto de los campos que podían haberle proporcionado opciones comparativas —deportes, música, libros o incluso política—, ninguno le interesaba lo más mínimo. Lucy había mantenido suficientes conversaciones con chavales y con colegas profesores como para saber que esto era obvio, pero ¿cómo iba a argumentárselo a alguien tan superficial e irreflexivo como Emma? De modo que ni se le pasó por la cabeza intentarlo.

Caminaban juntas por la calle. Emma vivía dos calles más adelante, en una de las casas más grandes colina abajo. Antaño habían sido vecinas, pero después de la separación, vendieron la casa y Lucy y los niños se mudaron a una más pequeña.

—¿Este fin de semana los niños se quedan con Paul?

—Sí.

—Entonces si esta noche la cosa sale bien...

—No voy a acostarme con nadie esta noche.

—No puedes estar tan segura.

—¿Alguna vez le has sido infiel a David?

—¡Lucy! ¡Por el amor de Dios!

—¿Qué?

—¡No me puedes hacer esta pregunta!

—¿Por qué?

—Porque es muy personal.

Lucy sabía que la información que Emma no quería que se divulgara era que había sido absolutamente fiel a su marido durante todos los años de matrimonio. Era su secreto más os-

curo e íntimo: que pese a toda la cháchara sobre hincarle el diente a una persona o a un lomo de cerdo, Emma no había echado una cana al aire en su vida ni lo haría jamás. Sí, era patético, pero lo cierto es que no era más que otra mujer casada deprimida y solitaria incapaz de desistir de la idea de que tal vez un jovencito quisiera follársela. Y en el fondo, ¿qué había de malo en ello? Si eso le levantaba el ánimo, para qué negárselo.

—¿Por qué se puede hablar de mi vida sexual y de la tuya no?

—Porque estás soltera.

—Los solteros tienen derecho a mantener su vida sexual en privado.

—Pero ya conoces a David.

—No me iría de la lengua.

—No me refiero a eso.

—Entonces le has sido infiel...

—Cambiemos de tema.

Y de este modo, el buen nombre de Emma quedó a salvo.

A Lucy le encantaba la nueva tranquilidad de los sábados por la tarde. En invierno, cuando el campo estaba demasiado empapado para jugar al fútbol con sus amigos, uno de los niños se dedicaba a mirar a la gente que miraba partidos de fútbol en el programa dedicado a los resultados de la jornada, mientras oía música grime y jugaba a un juego en el móvil, y el otro jugaba al FIFA en la Xbox, gritando a sus amigos por los auriculares. Eso era un montón de ruido que ella no quería escuchar. Ahora que los dos pasaban los sábados con Paul, podía leer, hacer el crucigrama, escuchar música que habría hecho resoplar a sus hijos de un modo indignado (Mozart) o divertido (Carole King). Era el tramo final de la tarde lo que no le gustaba. Una casa familiar, incluso una de dimensiones más reducidas debido a las nuevas circunstancias, era para una familia, y el silencio de las siete parecía un fracaso. Aunque no

era culpa suya, al menos en su opinión, pero daba igual de quién hubiera sido.

Y esta noche ni siquiera tenía que cocinar, una actividad mucho más importante de lo que pensaba antes de sus sábados solitarios. Cocinar dividía claramente la tarde en dos partes, era un signo de puntuación, que cortaba la larga frase del día para evitar que acabase embarullándose y resultando confusa. ¿Qué hacer entonces sin tener que ponerse a cocinar pasta y a picar cebollas? Se negaba a ser una de esas mujeres que llenaban el tiempo antes de una cita probándose modelitos en el dormitorio. En las películas, estas sesiones siempre aparecían mediante un montaje entrecortado, y tal vez ella se probaría todas las piezas de su ropero si cada cambio no supusiera tener que desvestirse, si las piezas aparecieran mágicamente sobre su cuerpo mientras sonaba una canción sobre nuevos amaneceres en la banda sonora.

En cualquier caso, ponerse a pensar en su aspecto sería concederle al asunto una relevancia y dedicarle un tiempo que no se merecía. No conocía a ese hombre y, de entrada, no sonaba muy excitante. Se llamaba Ted y trabajaba en una editorial de revistas. Si Ted representaba un nuevo amanecer, casi que se podía quedar en la cama hasta el lunes. Tal vez incluso ni se cambiaría. Pensó que estaba perfectamente presentable tal como iba. Si a él no le gustaban las mujeres que acudían a una cita con tejanos y camiseta, pues que le dieran por saco. Aunque tal vez sí se pondría una blusa más adecuada. Echó un vistazo al crucigrama. «Todas las soluciones horizontales se refieren al mismo tema que no está definido.» Estupendo. Tenías que descubrir cuál era el tema antes de poder dar con las soluciones, y tenías que dar con las soluciones antes de descubrir el tema. Ella parecía pasarse la mayor parte de su vida haciendo precisamente eso. En lugar de seguir adelante con el crucigrama, optó por poner la tele.

Se sonrieron.

—Bueno.

—Bueno.

Habían pedido las bebidas y ambos simulaban consultar la carta. Él tenía probablemente cinco años más que ella, y no era ni feo ni guapo. Se estaba quedando calvo, pero lo llevaba con dignidad, de modo que el cabello que le quedaba lo tenía corto, pero sin pasarse. Las arrugas alrededor de los ojos demostraban que se reía con frecuencia, y tenía los dientes bien alineados y relucientes. Solo la camisa, que lamentablemente era negra y con estampado floral a la vez, encendió las alarmas, pero parecía comprada de forma específica para la ocasión. De ser así, resultaba al mismo tiempo tierno y triste. En conjunto, tenía el aspecto exacto del tipo de hombre que Lucy esperaba encontrarse en una cita a ciegas organizada por una amiga común: agradable, herido, inofensivo y con una fe ciega en el poder de otra mujer para sacarlo de su soledad. Lucy se preguntó si él estaría sacando las mismas conclusiones con respecto a ella, pero no creía transmitir la misma sensación de melancolía. Tal vez se estuviera engañando a sí misma. Supo en cuestión de segundos que no habría una segunda cita.

—¿Quién empieza?

—*¿Quién empieza?* Dios mío. Era una conversación tipo lavabo en el que solo se puede entrar de uno en uno. Tú primero, sintió ganas de decir ella. En el lavabo de hombres nunca hay colas. Pero no estaban aquí para divertirse. Estaban aquí para descubrir si podían llegar a contemplar algún tipo de sucedáneo disfuncional de relación, y para conseguir este objetivo había que sacar a la luz historias, historias de dolor, pérdida, ineptitud y maldad. Lucy podía ver, por el aire desolado de este hombre, que no había sido él quien había actuado con maldad.

—Empieza tú.